

Hunter

Recuerdo aquel día porque hacía un calor poco típico de Meadowbrook Heaven. Era la última semana de agosto, pero el verano parecía haber vuelto con fuerza. El sol brillaba implacable y no había ni una sola nube a la vista.

Y ese fue el día en que vi por primera vez a Summer, casi como si ella hubiese conjurado aquel clima. Más tarde, después de conocer su obsesión con la magia, pensé que, perfectamente, podría haber sido posible.

¿Quién no se habría fijado en la chica nueva de la casa de enfrente? Nuestras miradas apenas se cruzaron un segundo, pero no fui capaz de sacarme aquellos ojos de la cabeza en días.

Summer sacaba a pasear a su perro siempre a la misma hora, a veces la veía desde la ventana, otras nos encontrábamos mientras yo hacía *skate*. Nunca nos decíamos nada, nos mirábamos un momento y seguíamos nuestro camino. Era un pulso silencioso para ver quién de los dos cedía primero.

Nuestra relación se construyó así: a sorbos pequeños e intensos.

Y entonces, el primer día de instituto al entrar en clase, allí estaba Summer. Era tan obvio que no pertenecía a nuestra aburrida realidad, tan obvio que era una extraña. En Meadowbrook Heaven no estábamos acostumbrados a las nuevas caras, nos habíamos visto crecer, habíamos compartido guardería, primaria, secundaria... Sabíamos todo los unos de los otros, así que la llegada de alguien desconocido generaba curiosidad.

Los ojos de Summer se encontraron con los míos y, por primera vez, no los apartó. Sus labios se curvaron en una sonrisa sutil cargada de intención y a mí me recorrió un escalofrío que me esforcé en disimular.

Le devolví la sonrisa.

Fue algo nuestro, casi como si compartiésemos un secreto.

No sabíamos nada el uno del otro, pero nuestras vidas no paraban de cruzarse y había algo más; una unión silenciosa.

Y entonces, los paseos por la mañana antes de ir a clase se convirtieron en nuestro momento. Nunca lo admití, pero salía para poder pasar un rato con ella.

Summer parecía, a simple vista, una chica guapa y simpática más. Pero no era solo eso. Tenía un punto cínico que me encantaba y analizaba a las personas de una forma muy calculadora.

Summer a veces jugaba a parecer alguien simple y algo tonto.

—Es lo que la gente espera de mí y si soy como esperan que sea, les caigo mejor —me dijo y lo acompañó de una sonrisa lobuna—. Y entonces, cuando lo necesito, rompo esa imagen y ¡pam! Nadie lo ve venir. Me gusta que la gente no espere nada de mí, eso hace que siempre cuente con el factor sorpresa.

No solíamos interactuar mucho en clase. Me daba la sensación de que solo deseaba integrarse y de que no quería llamar demasiado la atención, y yo tenía una reputación complicada.

Cuando era pequeño la gente hablaba sobre mi madre y cómo nos había abandonado a mi padre y a mí. Había descargado mi rabia y mi miedo con cada uno de los que habían tenido la osadía de utilizar esa información para hacerme daño. Así que me había ganado la fama ser conflictivo. Una etiqueta de la que, en un pueblo tan pequeño, es difícil deshacerse.

Summer detestaba los rumores y yo también, y eso era algo que nos había acercado.

Pero una noche cambió todo. Más de un amigo había intentado quedar con Summer, era guapa, era alegre y era la novedad, así que llamaba la atención.

Aun así, ella siempre los había esquivado.

Los de clase habíamos quedado en el único pub del pueblo. Y ese día Summer no parecía la misma de siempre. Esa máscara de eterna felicidad que solía llevar no estaba, aunque se esforzaba por disimularlo.

La vi beberse un chupito tras otro, forzando sonrisas. Me fijé en todos los detalles porque era incapaz de quitarle los ojos de encima. Me dije a mí mismo que simplemente me atraía porque era una desconocida y que se me acabaría pasando.

Traté de convencerme de ello hasta que acabamos juntos en mitad de la pequeña y abarrotada pista, Summer se inclinó hacia mí, yo hacia ella, y se me olvidó todo pensamiento coherente.

—Tienes un piercing en la lengua —dijo con una risa tonta.

Debería haber notado las señales. La forma en la que se me cortó la respiración cuando habló contra mi boca, el pulso desbocado de mi corazón el tenerla pegada a mí y el vértigo que me provocó su beso.

Nos despedimos en la entrada de su jardín.

—Buenas noches, Hunter —me dijo en un susurro.

—Buenas noches, Otoño.

Fue la primera vez que la llamé así y a ella se le iluminaron los ojos. Inclino la cabeza hacia un lado con gesto pensativo, algo que hacía muy a menudo y que yo encontraba... adorable, pese a no decírselo nunca.

—Me gustaba —confesó, y en esa fracción de segundo en la que dejó la palabra colgando, se me paró el corazón ante la posibilidad de que la confesión fuese distinta, de que detrás de esa «a» hubiese una «s» y todo cambiase.

Nada fue igual desde entonces. Summer llegó a mi vida como un huracán. Y yo no hice más que caer y caer.

Nunca hablamos de lo que teníamos. Aparecía en mi habitación y nos enrollábamos. Yo sabía que me estaba utilizando para distraerse. Ni en mis mejores sueños habría imaginado una situación igual. Ninguno de los dos queríamos nada serio. No nos agobiábamos si el otro no respondía los mensajes, podíamos pasar semanas sin quedar o incluso hacerlo con otra gente y no había celos.

Era perfecto.

Y, entonces, Summer comenzó a quedarse a pasar la tarde. Venía y simplemente hablábamos, íbamos a patinar a la carretera en obras, pasábamos tiempo con Luca...

—Claro que todo tiene una canción. Intenta ver una película sin música, la mayoría de las escenas pierden fuerza. La música es tan potente que podría contar la historia sin los diálogos —me dijo un día mientras me enmarcaba con sus manos.

Cuando estábamos solos era como si viajásemos a otro lugar, uno que se convirtió en mi favorito.

—No le quitas los ojos de encima —me dijo mi amigo Tim un par de meses después.

—¿No lo hago?

Se rio de mí.

—¿Sabes lo primero que haces cada vez que llegamos a un sitio? La buscas.

Cuando me di cuenta de lo que pasaba era demasiado tarde para pararlo. Pero me lo callé porque Summer estaba siempre a un paso de distancia, preparada para marcharse. Era como si nunca dejase de tener los ojos puestos en la ruta de huida.

Summer se convirtió en mi mejor amiga y, probablemente, en el amor de mi vida. Cada vez que me daba un trocito de ella lo tomaba como un puto tesoro, porque era hermética y distante, a pesar de lo que pudiese parecer, y yo me sentía la persona más afortunada de la jodida tierra cuando compartía algo conmigo.

—Hola Hunter —me saludó Alice.

Alice siempre me había resultado indiferente, una chica más, hasta que llegó Summer y comenzó a decir cosas de ella a sus espaldas, a partir de este momento empecé a detestarla.

Ni siquiera me esforcé en formar una palabra, simplemente emití un gruñido a modo de saludo.

—Tienes pensado ir a la fiesta, ¿verdad?

—Sí.

Esperaba que mi tono le dejase claro que no quería tener aquella conversación.

—¿Por casualidad vas con alguien?

No me giré, apenas levanté la mirada de mi móvil. No es que me diese miedo rechazarla o encararla, es que sabía a quién culparía por aquello. Era una persona rencorosa y vengativa. Nunca me había atraído antes de que llegase Summer, pero había decidido culparla a ella.

—No —contesté cortante.

La oí coger aire de forma esperanzada y el sonido me irritó.

—¿Te gustaría... quiero decir... querrías venir...?

—No, Alice —dije antes de que terminase y me levanté para marcharme.

La oí cuchichear con sus amigas a la hora de la comida, la vi mirar a Summer con un asco mal disimulado. Irónico porque Summer no tenía nada que ver.

Yo sabía, mientras miraba a Summer aquella tarde en la carretera, deseando con cada célula de mi cuerpo que sintiese lo mismo que yo, que ella ya se había enamorado de otra persona. Que nuestro tiempo se agotaba.

Una parte de mí se sentía segura porque esa persona era un profesor y eso me daba ventaja. Aunque eso no me impedía ver la realidad. La esperanza es una puta maldición. Pero cualquier tiempo que tuviésemos era mejor que nada.

No sabía que las personas pueden ser lugares a los que pertenecer hasta que la conocí. Summer era mi lugar. Y sé que yo era el suyo, que lo fui incluso cuando se marchó.

Y, aunque me dolió que no me escogiese a mí, siempre supe que no me dejaría del todo, nos queríamos de una forma especial, de esas que se encuentran una vez en la vida.

—¿Estas triste? —me preguntó Luca colándose en mi habitación.

—No —contesté con la voz pesada.

—¿Es porque Otoño ya no viene?

Cuando oí su conversación en susurros con Nate en la enfermería me invadió una furia asesina. No dejaba de preguntarme por qué él, qué tenía, qué le aportaba que yo no. Y, desde ese momento, no dejé de captar miradas fugaces entre ambos y cómo los ojos de ella brillaban.

Las semanas después de la fiesta de último curso fueron en las que más feliz la vi. Y el ácido de mi pecho dejó de corroerme, a pesar de lo celos encontré algo de paz.

—La echo de menos —reconocí y Luca se subió a la cama para abrazarme.

—¿Te vas a casar con ella?

Me reí.

—Soy muy joven para eso, Superhéroe. Todavía me quedan muchas cosas por hacer y luego... Quién sabe, la vida es larga.

Luego. Luego todo se torció.

Si alguien me hubiese dicho que no tenía todo ese tiempo que creía poseer, le habría dicho que la quería. Es lo único de lo que me arrepiento porque aquel mes antes del final fue el mejor de mi vida.

Summer y yo éramos dos trozos de una misma alma. Y podíamos querernos de cualquier forma posible porque nos funcionaba. No sé si es que, en otra vida, habíamos formado un todo para después separarnos y por eso encajábamos tan bien.

Simplemente, cuando estábamos juntos sentía que éramos lo correcto.

Y no me importaba que una parte de ella nunca fuese a olvidarle. No necesitaba ser el único.

¿Qué importaba cuando el que estaba con ella era yo? ¿Qué importaba cuando Summer volvió a brillar y a ser ella misma estando conmigo?

—Te quiero —me susurró la noche que me quedé a dormir en su casa.

Quería expresarle exactamente cómo me sentía por ella. Las palabras no eran lo mío, así que estuve pensando qué decir. Incluso lo escribí.

Pero el tiempo fue más rápido. Se me escapó entre los dedos sin que me diese cuenta y el desenlace llegó antes de lo esperado.

Aunque no fuese el que deseaba.

Aunque no fuese feliz.

El final no cambia lo que ha ocurrido en el camino. El final no cambia el sentido de la historia, y la nuestra había sido increíble.

Y sí, habría deseado tener más tiempo, pero el que tuvimos fue el mejor.